

January 2007

## Sobre San Alejo, o de cómo ser un buen maestro obsoleto

Hermano Manuel Cancelado Jiménez. Fsc.  
*Universidad de La Salle, Bogotá, mcj@lasalle.edu.co*

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

---

### Citación recomendada

Cancelado Jiménez. Fsc., H. (2007). Sobre San Alejo, o de cómo ser un buen maestro obsoleto. *Revista de la Universidad de La Salle*, (44), 131-133.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# Sobre San Alejo, o de cómo ser un buen maestro obsoleto<sup>1</sup>

Hermano Manuel Cancelado Jiménez. Fsc.<sup>2</sup>

Buenas Noches,

Algo que he admirado desde siempre en los investigadores es la capacidad de éstos para encontrar cosas novedosas en lo que el común de los mortales no vemos nada distinto a lo evidente. Me ocurre con las cosas más insulsas, como la sorpresa que viene cada mes con las nuevas mejoras en los cepillos de dientes y, por supuesto, con los artefactos electrónicos. Es como si el Melquiades de la tecnología se hiciera presente cada mañana para sorprender con el hielo celular, el magneto de las telecomunicaciones o la alquimia de los medicamentos que igual sirven para adelgazar que para entrar en carnes.

El párrafo anterior sólo es una excusa para intentar explicar por qué no hablaré de San Juan Bautista De La Salle en esta su fiesta. En verdad admiro a Hermanos y seglares que cada año publican páginas enseñando nuevas originalidades del Santo de marras; claro que no a todos, pues no dejan de estar los que la pasan “redescubriendo”, “recontrando”, hallando “nuevos significados”, cuando no es que están “bebiendo de la fuente”; esotérica frase usada con el fin de asegurar lo prístino de sus averiguaciones. Yo, en cambio, he sido incapaz de siquiera aprender las 12 virtudes del buen maestro que propusiera el Hermano Agathon y sobre las cuales han corrido ríos de tinta: todos profundos, todos interesantes, todos enjundiosos; pero igual, si exceptuamos la piedad, aplicables tanto a

un maestro de escuela como a uno de artes; y esto porque en mi poco entender observo que “las virtudes” se orientan más hacia intentar resumir cómo es un buen maestro, pero poco dicen de aquello que hace un buen maestro.

Así pues, y una vez hecha mi humilde declaración de impotencia intelectual para exponer algo novedoso sobre San Juan De La Salle, debo confesar igual que hube de echar mano del santoral para ver en quién me inspiraba entonces. Uno a uno fui visitando los días del calendario litúrgico con la deliciosa esperanza que surge de la fe poco ilustrada; aquella que nos permite adivinar la voz de la Virgen en el viento, o la voluntad de Dios en una caída por las escaleras; esa fe de carbonero tan negada en público como buscada en privado.

Y casi sin querer, cuando aún sentía los ecos del vallenato que recuerda que el “16 de julio es la fiesta, de la Virgen del Carmen” (cfr. Díaz Diomedes, cacique de la Junta, en un aparte de su dilatada obra) repito que aún entre aquellos ecos, heme aquí hallado enfrente de cegadora y potente luz. De no ser pecado, podría jurar que las letras de aquel libro -conocido por mí desde tiernas edades- se me revelaban

---

<sup>1</sup> Palabras durante el homenaje al Profesor Universitario el 15 de mayo de 2007.

<sup>2</sup> Asesor de la Rectoría de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: mcj@lasalle.edu.co



entonces en sanscrito evasivo y, sin embargo, podía yo entenderlas... ¡oh misterio, oh gozo!. 17 de julio, leí: Santas Justa y Rufina, alfareras y mártires, Siglo IV. San Alejo, mendigo, Siglo V. Y será de éste (Alejo), que no de aquellas (Justa y Rufina) de quien nos serviremos para apoyar estas palabras de las que mucho temo no van a ser la “*exaltación*” prometida en el programa.

Revelome pues el santoral que San Alejo era hijo de un rico senador romano que cansado de esa vida llena de bienes materiales que todos odiamos ya sea porque viajando por tierra se conoce más, o porque las lentejas tienen tanto hierro como la carne, o porque comer huevo todos los días nos llena de triglicéridos; en fin, Alejo al igual que nosotros se aburrió del exceso de comodidades y se marchó para Siria a mendigar. ¡Que ya es mucho decir!... como si la Vía Apia no fuese entonces ya lugar de encuentro de indigentes vecinos de las tumbas de almas sembradas en su amplio recorrido; pero bueno, no nos detengamos en nimiedades porque si el hijo de un senador romano no tiene derecho a escoger en donde mendigar, entonces sí que estaríamos descubriendo la verdadera causa de la caída del imperio.

Pasado algún tiempo sucedió que un hombre reconoció a Alejo y contó a la gente que ese mendigo era hijo de plutocrática familia; huyó entonces Alejo despavorido de Siria para evitar ser víctima de honores y homenajes –como los de esta noche– y regresó a Roma a casa de sus padres, quienes no fueron capaces de reconocer bajo los harapos (lo que el tipo aquel en Siria sí hizo) al hijo que habían perdido antes; decidieron sin más recibir al mendigo y le dieron por habitación un hueco que había debajo de una escalera. Tengo la sospecha de que ese lugar no se llamaba entonces cuarto de San Alejo, porque Alejo apenas iba en mendigo y le faltaba morir y hacer milagros, pero me atrevo a sospechar que podían llamarle “lugar de chécheres” en latín coloquial “*locus checherae*” que, si me apuran, bien puedo hacer coincidir

con el nominativo plural de la primera declinación: *Checherae, checheras, checherarum, checheribus...* ¡Chécheres!

Cuenta la leyenda que Alejo enfermó y antes de morir reveló a sus padres su identidad secreta: “*Alejo filios totus tuos est*” (a día de hoy: “*Soy... vuestro... hijo...*”). Desde entonces a ese lugar bajo las escaleras se le denomina cuarto de San Alejo; y aunque no ha faltado quien haya metido a vivir allí a la muchacha del servicio doméstico, ha sido más bien destino de electrodomésticos dados de baja, del talego de los talegos, de la caja del primer televisor en color y hasta de cosas insólitas, como el lulo transfigurado en pasa por un descuido, el polvo y el tiempo.

El cuarto de San Alejo es el lugar a donde llevamos lo obsoleto, que no es lo mismo que lo desechable. Allí guardamos, como si le hiciéramos reverencia, la caja de los primeros Adidas comprados con el sueldo cuando trabajar significaba mucho más que estar empleado. He sido testigo de cómo algunas personas han desocupado este lugar en busca de algún objeto y ver entonces como aparece un tiple roto, un tarro de pintura ahora seca, una olla vieja o las mangueras de una aspiradora en desuso. Lo cierto en ellos es que, aunque sentimentalmente importantes, son por completo obsoletos. Lo racional sería deshacernos de ellos, pero ¿A quién le importa ser racional, o dejar de serlo, ante el zapatín del primogénito? Que una madre decida guardarlo en el cuarto de San Alejo en lugar de colgarlo del retrovisor del automóvil sólo habla bien de su buen gusto, no dice nada en contra del cariño por su hijo.

Tal vez sea allí a donde llevamos los objetos y experiencias que se resisten a desaparecer porque son reconocidos como memoria explícita de los hitos que han marcado el sendero de nuestras vidas. Y así como San Alejo es el lugar de la última esperanza dado que si aquello que buscamos no está en la mesa de noche, ni en el armario, ni en el gabinete del baño... entonces debe estar allí, también nos sirve a algunos de refugio mental cuando sentimos que los retos a enfrentar superan nuestro umbral de la valentía, convirtiéndose entonces en el hogar desde el cual hacemos de la humillación una virtud.

Lo obsoleto de las cosas que abundan en el cuarto de San Alejo se resiste a desaparecer porque lo mismo nos divierte que produce nostalgia. Igual ocurre cuando asistimos inermes a una reunión de exalumnos y entonces somos el blanco de sus mofas y burlas; lo patético es reírnos con ellos cuando algunos se burlan de nosotros; y nos vamos contentos... cómo nos quieren... cómo nos recuerdan... el buen

maestro obsoleto sirve entonces, y mucho, en esas fiestas del recuerdo.

Supongo que del buen maestro obsoleto se habla en pasado: “llegaba temprano”, “nos hacia rezar”, “sus tableros eran ordenados”, “*siéntese la dama...*; *chistosito muy el caballero*”, eran sus frases”... Y adivino que del buen maestro, a secas, se habla en presente y en futuro: “necesito hablar con usted”, “présteme plata”, “me voy a divorciar”, “¿Quiere ser la madrina de mi hijo?” El buen maestro obsoleto se acostumbra a enseñar y olvidó aprender. Con tanto examen llegó a pensar que lo importante eran las respuestas (nadie es lo suficientemente sabio); con tanto por divulgar no se enteró de lo vital que es indagar. El buen maestro, a secas, es solicitado no porque sus respuestas sean soluciones, sino porque comparte las dudas y afanes que hacen de la aritmética una nimiedad ante las complejidades del diario vivir.

Ahora bien, si tuviese que decir algo sobre la obsolescencia a adolescentes, creo que la figura de San Alejo no sirva a tal propósito. Las nuevas viviendas no se pueden dar el lujo de tener espacios interiores dedicados a lo entrañable aunque obsoleto. En términos de un pastoralista pudiésemos decir que son los signos de los tiempos; ya no hay lugar para lo obsoleto, ni siquiera en las edades del pensamiento débil y la moda *light* o quizá por ello mismo. Estas son épocas en las que la memoria se lleva en un bolsillo y el tiempo en una tarjeta: la gente se queda ‘sin minutos’ y no se muere... ¡Y hay quien se pregunta qué es eso de relatividad!

No obstante, haber acusado la imposibilidad para decir algo relevante sobre nuestro patrono, sería más que necio no poder reconocerle haber sido un buen hijo de su tiempo; ciertamente no poca cosa si hemos de considerar el momento histórico en que le correspondió vivir, compartiendo planeta con titanes de la talla de Newton o Pascal. En 1651 recién había fallecido Descartes, y Galileo llevaba de difunto los mismos nueve años de edad que tenía Newton. Entre 1651 y 1719 Hobbes presentó sus obras, Boyle y Fermat sus experimentos, Moliere a las “*preciosas ridículas*” y Jackes Bernouilli el cálculo de probabilidad. La Fontaine enseñaba con fábulas mientras Velázquez pintaba “las meninas”; Newton y Leibniz se disputaban la creación del cálculo infinitesimal, y Vivaldi, Handel o Bach igual amenizaban carnavales en Venecia que animaban la presentación de los reales fuegos artificiales, o se immortalizaban en Brandemburgo. El monarca francés era el ‘rey sol’, y de la Marquesa de Sévigné o de Madame de la Fayette, vecinas de París, no tengo idea de lo que hacían; pero sí sé que Juan Bautista De La Salle estaba ocupado en la fundación de los “Hermanos de las Escuelas Cristianas”.

Incluso para un diletante, es claro que en La Salle la obsolescencia no fue una opción. Es más, en un período atestado de prodigios y de genios, supo responder con originalidad y pertinencia a las necesidades de una sociedad que no ignoró y que, por el contrario, apoyó y promovió con el compromiso de su propia vida. Con todo esto, si se me preguntara cómo convertirse en un buen maestro, a secas, tendría que responder que no tengo idea. Y aunque he de reconocer que hablo desde la angustia de la obsolescencia, desde el frío socavón del San Alejo, desde el refugio de la cobardía al que llaman madurez y desde el temor de no responder a una Institución que ha decidido ser un lugar que aprende en lugar de ser uno que enseña; al leer el nuevo Proyecto Educativo Universitario Lasallista no puedo más que admirar a una comunidad educativa que se yergue orgullosa ante compromisos ingentes. Es difícil entonces no preguntarse por la capacidad, calidad y potencia de saberes que una Universidad como la nuestra requiere.

Entre las varias cosas que no le permiten al ánimo sucumbir ante los embates de la duda, se encuentran las maestras y maestros que han sido reconocidos tanto por sus pares como por sus estudiantes como “profesores excelentes”. Ellos y ellas son un “**sí se puede**” robusto y sonoro. También están los escritores, estos son quienes nos ofrecen sus reflexiones, sus opiniones, sus preguntas; los que nos invitan a dialogar con ellos en blanco y negro para así dotar nuestro pensamiento de nueva luz y color. Y qué pensar de quienes a más de publicar han sido designados como dignos de pertenecer a la lista de un canon; de estos hay que decir que no son quienes abren el camino, sino los que exhortan a realizar el propio. Su trabajo más que ejemplo es un reto e invitación constante a dejar la obsolescencia; a no contentarnos con ser buenos, sino a buscar ser siempre mejores.

Renglón aparte y mención especial merecen todos aquellos que compartieron los recintos de este magno claustro y que ahora se hacen infinitos para vivir en la eternidad; la dedicación fiel y profesional a nuestro trabajo se convierte en la única manera de rendir tributo a su memoria. A todos ellos, Paz en su tumba.

Sólo resta agradecer el haber podido dirigirme a Ustedes, en esta noche feliz en la que nos reconocemos como mujeres y hombres trabajando en un oficio muchas veces criticado y no pocas denostado pero igual profundamente amado y necesario; agradecer porque de algún modo nos une el mismo afán: hacer de este país un lugar distinto a un cuarto de San Alejo.

Para todos, Feliz Día.